

Ricardo Aroca Hernández-Ros    Doctor Arquitecto    [www.arocaarquitectos.com](http://www.arocaarquitectos.com)  
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid    [estudio@arocaarquitectos.com](mailto:estudio@arocaarquitectos.com)  
914482505

Título **Un pintor pinta un cuadro**  
Autor Ricardo Aroca  
Cajón de recortes  
Medio Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.  
Mayo de 2011  
Fecha Mayo 2006

Ha aparecido en la escena Doña Esperanza Aguirre en persona, y basándose en que el Campus de la Justicia no lo construye la Comunidad (Administración) sino una sociedad anónima (bien es verdad que en un 100% propiedad de la Comunidad de Madrid), se salta la Ley y encarga “a dedo” y a bombo y platillo los primeros proyectos a Sir Norman Foster (según la prensa previo ruego, amablemente atendido por nuestro noble colega).

Foster, forma parte de la reducidísima elite de arquitectos internacionales que aseguran a sus clientes una cobertura mediática en todo tipo de prensa, desde la diaria a la de las revistas de arquitectura más exquisitas pasando por la del corazón si preciso fuera, a precio de unos honorarios y un coste de la construcción al menos tan excepcionales como sus edificios; está en otra galaxia, a otro precio.

La ventaja de este tipo de encargo para los políticos es evidente, se benefician de la publicidad mediática mientras que la factura la pagan los contribuyentes.

A los arquitectos de Madrid, una vez más ignorados por la Comunidad, nos queda al menos el consuelo de que el edificio será con seguridad proyectado por un grupo de jóvenes arquitectos españoles que nunca hubieran podido conseguir el encargo directo y que contarán para su desarrollo con un tiempo y unos medios que les hubieran sido escatimados de haber obtenido el encargo en un hipotético concurso de ideas.

### Un pintor pinta un cuadro | mayo, 2006

Un pintor pinta un cuadro, un poeta escribe unos versos, el poema y el cuadro obedecen sólo a su propia lógica y existen aunque no se publiquen o no se exhiban en ningún lugar relevante.

Un arquitecto proyecta algo que tiene que ver con un lugar, con gente que va a usarlo y para hacerlo real tiene que convencer a quien tiene el poder económico o político, (y que ha decidido previamente, con mayor o menor grado de abstracción, que la intervención arquitectónica o urbana debe hacerse, es decir ha formulado un encargo), de que hay que hacer precisamente lo que propone y que además sólo él (el arquitecto) tiene la suficiente sensibilidad para llevarlo a cabo. Actuar sobre la realidad es además complicado en sí mismo, a cada vuelta de la esquina hay innumerables opciones que conducen a resultados diferentes.

Ante el mar de opciones, sólo cabe cultivar la autoafirmación. Para convencer a los demás de una propuesta, es imprescindible convencerse primero a sí mismo, exagerando las virtudes de la opción elegida y satanizando las abandonadas, lo que sucede con mayor intensidad si además ha sido preciso competir con otros colegas para obtener el encargo.

La remodelación del eje Prado/Recoletos arranca durante el Ayuntamiento de Álvarez del Manzano, con un concurso fallido para hacer (como no) un túnel desde Atocha a Cibeles, al que siguió un segundo concurso dejando libertad para hacer o no túnel.

Yo competí en diciembre de 2001 al frente del equipo del Club de Debates Urbanos con un éxito relativo (fuimos capaces de demostrar que podíamos proponer y no sólo criticar y quedamos segundos). En todo concurso hay un enorme caudal de aportación de ideas que en este caso fueron silenciadas; en la exposición pública que se hizo en el Edificio de las Cariátides no hubo el menor recuerdo de los otros proyectos presentados, lo que resultó deprimente para los que habíamos trabajado intensamente aportando ideas.

Creíamos, y sigo creyendo que el tráfico principal en ambos sentidos debía discurrir por el actual paseo central mientras que los laterales, con uno o dos carriles por sentido quedarían reservados al transporte público, lo que permitiría respetar el arbolado y alejaba el tráfico de los edificios de ambas orillas (el Museo del Prado y el Botánico tienen ya una amplia zona arbolada de protección). El proyecto ganador intentaba reinventar el “Salón del Prado” a costa de llevar el tráfico junto a la acera del Thyssen, luego ha ido y reduciendo carriles y aumentando la distancia a los edificios.

Entendiendo que el haber participado en el concurso me había llevado a un convencimiento, tal vez excesivo, de la bondad de nuestra solución y entendiéndolo igualmente que cualquier intervención mía puede comprensiblemente calificarse como pataleta de perdedor, me he abstenido de opinar sobre el tema y mi posición se complicó más aún al ser elegido hace tres años Decano del Colegio de Arquitectos con la obligación de defender la arquitectura y la ciudad y al tiempo a los arquitectos, lo que es generalmente fácil de conciliar, aunque no siempre. Lo delicado de mi posición personal me ha llevado a evitar pronunciarme sobre el tema, pese a alguna petición informal que la dirección del Museo Thyssen hizo en su día al Colegio.

Aclarada mi posición personal sobre este asunto, y las dudas que yo mismo tengo sobre la cuestión, vuelvo al tema de la polémica: la arquitectura y más

aún el urbanismo es cosa de todos, pero es difícil que la gente entienda cosas que no ve, y por ello, el criterio popular tiende a ser excesivamente conservador y suele preferir que las cosas se queden como están, lo que es causa frecuente de conflicto entre la opción pública y los arquitectos que vivimos de modificarlas.

Los déspotas ilustrados no tienen problemas para llevar a cabo grandes reformas urbanas (difícilmente la remodelación de París del Barón Hausmann hubiera gozado del consenso popular) pero, en democracia la cuestión es delicada, la representación legítima de los ciudadanos la ostentan aquellos elegidos para representarlos, pero estos a su vez tienen la delicada labor de interpretar su voluntad. Aquí está la responsabilidad del gobernante, que puede correr el riesgo de mantener apuestas no compartidas por la ciudadanía, con la esperanza de que a la larga ésta acabe aceptándolas, pero más le vale meditar cuidadosamente si está apostando bien.

Es una lástima que el debate no se haya producido antes, y el Ayuntamiento no debería atajarlo en aras de unas urgencias que existen, sino procurar que transcurra por el camino de la racionalidad, a la que no ayudan ni las descalificaciones ni la pretensión de que árboles de gran porte puedan sobrevivir a un trasplante.

En cuanto a la cuestión profesional, nadie y menos el Colegio pone en duda la solvencia de los autores del proyecto y la legitimidad del encargo, pero mal servicio haríamos a la ciudad y a la arquitectura si intentáramos contribuir a cercenar el debate.